

## EDITORIAL

### ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

**ORTEGA RUIZ Rosario**

*I.C.E. Universidad de Sevilla*

La expresión «Calidad de la Enseñanza» es, de momento, un concepto afectado de tal dispersión semántica que pone en duda que estén refiriéndose a lo mismo dos interlocutores incluso provistos de buena voluntad. Sin embargo es vocablo común en muchos ambientes educativos y comienza a ser frecuente en el contexto universitario. Pero todos sabemos que los hechos de habla como diría Wittgestein son «juegos de lenguaje» que responden, como toda convencionalidad, a los fenómenos sociales a los cuáles hacen referencia.

El fenómeno social que está implícito en el concepto de «Calidad de la Enseñanza» en el contexto universitario es un benéfico movimiento de crítica dentro y fuera de la Universidad sobre la calidad de la actividad de enseñanza y de aprendizaje en las instituciones que, en principio, han recibido el encargo social de formar al más alto nivel a los profesionales especializados, a los investigadores del futuro y a los futuros profesores universitarios.

En la actualidad este viento crítico parece originarse en una idea común posiblemente errónea, por exagerada, pero que puede propiciar cambios positivos. En efecto, parece que asistimos a una explosión de críticas a la labor docente de la Universidad basada en una supuesta degradación del rendimiento de profesores y alumnos. Digo supuesta porque es poco probable que se degrade algo que nunca fue bueno, si bien con honrosas y notables excepciones.

La Universidad ha crecido sobre su propia naturaleza y papel social y se ha convertido en una complejísima institución plurifuncional, con una complicada dinámica interna y externa, que la ha transformado en una entidad de difícil definición.

La Universidad ha pasado de ser sanedrín y capilla, claustro y obediencia a convertirse en gran medida en escuela profesional de alto nivel, en una serie de centros de investigación y servicios; e, incluso, parece que aspirara a llegar a ser empresa de asesoramiento en la modernización industrial y comercial a la que la incorporación a Europa nos lleva; de tener como objetivos inconfesados la perpetuación de élites de poder, a preparar en serie a asalariados altamente especializados. En la Universidad actual conviven toda clase de rasgos de un extraño ser que pierde progresivamente sus características domésticas. Ni el saber ni el poder que emanan de él pueden ya concentrar se en la autoridad de la persona del catedrático. De manera que los equipos de trabajo, las líneas de investigación, los consejos democráticos, van sustituyendo en buena lógica y justicia al personalismo. Los colectivos y grupos articulan el cuerpo social universitario en el cual no sólo los profesores y los alumnos proporcionan rasgos a la institución. Las complejas estructuras socio-laborales (administración, personal auxiliar, órganos y sistemas de gobierno y función) añaden a la Universidad una complejidad que hace absurdo pensar que es sólo la acción de los profesores en clase la que determina la calidad docente. Sin embargo esta sigue siendo importante.

A la Universidad se le pide que, sin perder su rancio abolengo aristocrático (véase la tristeza que provoca en ciertos profesores y alumnos el abandono de edificios vetustos y mal acondicionados, pero arquitectónicamente hermosos por su historia), asuma la capacidad de ser vanguardia en los fenómenos sociales más modernos como el diseño, la alta tecnología, el arte, la cultura de masas...

Esta Universidad es todo. Así que tratar de describirla y sobre todo de hacer una crítica unidireccional es bastante imprudente.

Con todo, posiblemente podríamos decir que la Universidad tiene tres grandes funciones sociales: la investigación en todas las áreas del saber, la enseñanza de esos conocimientos para la formación de profesionales que se incorporan al mercado de trabajo y la formación de investigadores y docentes que mantengan abierta la creación del conocimiento y difusión del mismo. Estas funciones deben necesariamente darse juntas si no queremos dañar gravemente el virtual equilibrio que una sociedad debe mantener con sus centros de formación superior.

Yo creo que la Universidad de hoy no es peor que la de los años sesenta/setenta en la que nos educamos más para ser ideólogos (no es mal aprendizaje, pero hubo empleo para pocos), ni peor que aquella doctrinaria y acientífica de los años cuarenta y cincuenta, ni que ninguna de las épocas anteriores. La docencia universitaria hoy, no es peor que la de ayer, pero es muy mejorable. ¿Qué hacer para mejorarla? En primer lugar conocerla a fondo, y la única forma sería de conocer algo mejor es a partir de la investigación sobre el objeto que queremos conocer. Evidentemente si queremos mejorar la docencia universitaria debemos investigar sobre docencia universitaria. Hay que indagar sobre la función docente de la Universidad y sobre el aprendizaje que en ella se produce.

Sin investigación, la enseñanza es religión y doctrina acrítica y autoritaria; sin atención a la enseñanza, se rompe el fluido intercambio entre el conocimiento que aportan los profesores y la creatividad que debe esperarse de alumnos jóvenes, brillantes en muchas ocasiones, y con ganas de tomar el relevo en la pasión de crear el conocimiento, de descubrir cosas nuevas. Dedicar tiempo a la enseñanza, trabajar la metodología de transmisión y creación de ideas nuevas, es poner controles de calidad que impidan el adormecimiento que puede darse en instituciones exclusivas de investigación.

Desde una epistemología del conocimiento que no sea doctrinaria sino científica y por tanto cambiante, los alumnos contribuyen a cerrar un circuito en el cual el saber y su utilidad social puede ser comentado y negociado. El alumno exige cada vez más que se le forme para ocupar un puesto social y aporta criterios de selección a los programas que obligan a los profesores a ahondar en su coherencia y sentido. Los alumnos, pueden llegar a ser verdaderos supervisores no del profesor, sino de la calidad de la docencia, si los profesores aprenden a enseñar como tarea social en lugar de adoctrinar desde la supuesta ignorancia del alumno. La asimilación y comprensión del alumno debería ser un termómetro que reflejara para el profesor la eficacia de su trabajo.

La enseñanza universitaria concebida como actividad socialmente necesaria y articulada en el proceso de creación de conocimientos que es, o debe ser, la investigación, adquiere una nueva dimensión que da sentido a sus funciones y la convierte en objeto de análisis y estudio, y por tanto de innovación y mejora.

## 1. INVESTIGAR LA PROPIA ACTIVIDAD DOCENTE

La propia acción cotidiana en la enseñanza universitaria debe ser investigada como una realidad no del todo conocida. Nadie, ni profesores ni alumnos, puede estar seguro de que lo que hace es lo mejor, en un contexto social en que el producto no está afianzado en el mercado más que si se adapta a lo que la sociedad necesita en ese preciso momento. En la actualidad se abre paso la tendencia a que los productos sociales busquen la «calidad total» y esto obliga a replantear continuamente la acción y las dinámicas que los procesos generan. Esto es particularmente aplicable en la Universidad dada su plurifuncionalidad y su status entre las instituciones sociales.

Investigar en «Enseñanza Universitaria» es imprescindible si queremos ser dueños de nuestra propia realidad. Investigar la práctica de la acción cotidiana en el ejercicio profesional del profesor universitario se nos antoja un camino para encauzar el debate sobre la calidad de la enseñanza. Investigar en el aprendizaje de los alumnos parece imprescindible para hablar con claridad y precisión sobre el papel social de la enseñanza superior. Investigar en diseño y desarrollo curricular universitario parece necesario para ir construyendo una Universidad para el futuro.

## 2. LA INVESTIGACIÓN COMO DISCURSO UNIVERSITARIO TAMBIÉN EN LA ENSEÑANZA.

Investigar en enseñanza universitaria es todavía un concepto ambiguo y plurisémico. Está arraigada en la cultura social la importancia de la investigación básica en las áreas del conocimiento para el desarrollo de los campos científicos y el progreso técnico, pero cuando hablamos de la transmisión del saber y afirmamos que hay que investigar sobre la docencia ¿qué queremos decir?, ¿qué investigar?, ¿cómo investigar?, ¿con qué herramientas metodológicas?

Estas y otras preguntas son legítimas porque este es un campo poco explorado aún.

Lo que nosotros estamos proponiendo desde el Instituto de Ciencias de la Educación es que se propicie un debate que dé lugar con el tiempo a la apertura de un discurso científico sobre la enseñanza y el aprendizaje universitario. Que se ponga en evidencia que el proceso de transmisión de conocimientos científicos y culturales no pasa necesariamente por el conjunto de actividades, roles y dinámicas conocidos. Que posiblemente hay otros medios y otras maneras de hacer las cosas, de transmitir el saber conocido a la par que buscar ideas nuevas. Que se puede mejorar el fenómeno si trabajamos en ello.

Que ningún profesor se quede tranquilo con «explicar el tema». Que lo explique pero que se pregunte por qué lo hace y se informe de qué opinión tienen sus alumnos sobre ello. Que examine pero que se pregunte para qué y compruebe la utilidad del examen. Que recomiende libros pero que se pregunte por qué estos y no otros. Que cuando vea a profesionales a los que les dio clase se sienta responsable de su trabajo, y comprenda por qué actúan socialmente de una u otra manera.

La Ciencia es un discurso que dicen muchos y sobre muchas realidades pero que vive bajo un paradigma común: «la verdad no existe y la realidad es susceptible de ser mejor comprendida cada vez». Toda la realidad, la natural y la inventada por el hombre en su devenir histórico, es susceptible de ser mejor conocida y dominada si nos lo proponemos. Esto se realiza a partir del principio de humildad, que preside la actitud investigadora; reclamamos este mismo principio para el trabajo en el ámbito de la enseñanza universitaria.

En el I.C.E. de la Universidad de Sevilla en donde trabajo desde 1988 nos hemos propuesto participar, con un discurso a la vez riguroso e innovador, en el debate que hay que abrir acerca de las actividades de enseñanza y aprendizaje en la Universidad.

Este I.C.E. se propuso desarrollar un camino de trabajo que fuera poco a poco dando lugar a un discurso sobre la enseñanza universitaria y la calidad de la misma.

Por nuestra parte no somos muy originales, simplemente queremos que se empiece atendiendo al principio de un lógico sentido común: investigar en enseñanza y aprendizaje universitario, poner a prueba los métodos de transmisión y creación del conocimiento que se elabora en la Universidad, leer y escribir sobre ello. La mejora de la acción docente en la Universidad sólo es posible si esta es explorada con métodos rigurosos por los propios artífices de la actividad, los profesores y los alumnos.

Estoy absolutamente convencida de que en la práctica los profesores universitarios son no sólo buenos creadores de conocimientos útiles sino buenos transmisores de los mismos. En el estudio piloto sobre la calidad de la enseñanza en nuestra Universidad, que realizó el I.C.E el curso pasado (ver artículo en esta misma revista), se recoge cómo en una mayoría muy significativa nuestros profesores suplen las deficiencias de infraestructura y preparación docente, con el esfuerzo y la entrega personal a la actividad, esfuerzo que suele concretarse en explicar lo mejor posible lo que saben. Los alumnos son sensibles a esta buena voluntad y respetan y admiran a estos profesores. Pero ¿es suficiente saberse el tema?, ¿existe adecuación entre el

contenido y los métodos de transmisión?, ¿cuándo se ha realizado una buena lección?, ¿es suficiente la información para producir formación?, ¿cuándo se siente el profesor seguro con lo que enseña?, ¿qué parte de lo que se enseña se aprende?, ¿cómo se forman los profesionales?, ¿cómo los investigadores?, ¿cómo se llega a ser un buen profesor?. Todas estas y muchas más preguntas abren un camino de reflexión sobre la práctica que debe formar parte del discurso y la cultura universitaria.

La revista que ahora ponemos a disposición de la comunidad pretende ser un vehículo de comunicación sobre temas de este discurso científico, un lugar de intercambio de ideas y de trabajo sobre el amplio campo de la enseñanza y el aprendizaje en el ámbito universitario.

Si los profesores y alumnos universitarios investigan sus programas docentes, sus métodos, sus sistemas de evaluación, la adecuación de los currícula a los objetivos profesionales para los que estos se han creado, y disponen de órganos de difusión sobre su trabajo, la comunidad universitaria escuchará su propio discurso, esperamos que crítico, sobre su función social y su dinámica interna.

La Revista de Enseñanza Universitaria que ahora ponemos en circulación pretende ser foro para esta conversación, pero no somos nosotros, los que hoy trabajamos en el I.C.E., los que tenemos que hablar, esto es tarea de todos; desde aquí invito a cada profesor a que piense en esta publicación como el lugar desde el cual plantearse los problemas sobre su práctica y en el cual explicar lo que logra.